

Declaraciones Del Cnel. Carlos Mendieta

El lunes a la una y media llegó a la Habana la horrible y desoladora noticia: la muerte del General Gómez, lejos de su patria amada, lejos del decorado familiar contemplado siempre con ternura por sus ojos.

El destino se ensañaba con brutalidad cruel. Sus conciudadanos esperaban el regreso del general para ofrecerle la más alta prueba de adhesión. Su retorno iba a constituir la más formidable manifestación política. He aquí a la muerte que interviene. Y la más grande, la más sentida manifestación será en torno del féretro que guarda sus despojos. Sí. El destino ha sido cruel. Pero agregando a su gloria de revolucionario y a sus prestigios de estadista, esta corona de espinas, ha completado, inmortalizándola, su figura.

El lunes, a medio día, toda la Habana se estremeció de dolor. Desde entonces, un velo de tristeza pesa sobre todos los corazones.

En seguida en nuestra mente surgió una curiosidad y un deseo. Ciertamente el periodista quería ofrecer al lector una página de suprema fuerza y emoción. Pero también el cubano, y el devoto del General Gómez, querían recostar su dolor sobre un gran corazón.

¡Ah! Entrevistar a Mendieta... Queríamos escuchar su palabra viril, sacudida, cortada, rota, por este dolor. Queríamos escuchar de sus labios, tallados para la elocuencia, las lecciones de sacrificio, de dolor, de patriotismo que le inspiraba esta muerte.

Mendieta fué como un hijo mayor para el General Gómez. Físicamente eran muy parecidos. El General Gómez era un sanguíneo, optimista, membrudo, fuerte. Mendieta es una formidable máquina humana. Aquellos hombros parecen hechos para derribar "las puertas de Jaffa" de todos los tiranos.

Dijérase que su temperamento idéntico, su salud poderosa, su visión de la vida, su culto a la libertad y a la patria, acercaba, compenetraba, aconchaba a los dos grandes caracteres. Y el general Gómez, cuando palmeaba cariñosamente el hombro rudo y fuerte de Mendieta, parecía poner una ternura de padre o hermanito mayor.

Pero es, que, además, Mendieta peleó a sus órdenes. Mozo ardiente e intrépido, sus heroísmos rolandescos corrieron bravamente al través de la manigua cubana, como exasperados y avivados por la bravura de su general.

Ferrara, con palabras magníficas, impregnadas de una tristeza desgarradora, dejando a su corazón poner su canción doliente sobre esta muerte, decía en estas columnas, que con motivo del fallecimiento del General Gómez "se cierra en su vida un paréntesis de veinticinco años".

Otro cubano, podría repetir estas bellas palabras: Mendieta.

Por eso quisimos entrevistarle. Encontramos al fin al insigne cubano. Preguntamos. Inquirimos. Mendieta fué a hablar. Pero de repente los recuerdos se agolparon en su corazón. Horas dulces, amargas, heroicas, evocadas en un instante, sacudieron sus nervios. —No puedo, no puedo.

Apenas pudo balbucear. Y dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas rudas. —Se lo escribiré... mañana...

He aquí sus declaraciones:

EL GENERAL GOMEZ

La muerte fría e implacable ha segado la vida de un gran prócer, privándole a la Patria de su noble actuación en estos instantes de complejidad nacional. Su caída debe considerarse pérdida irreparable, y bien merece el General Gómez, por sus servicios patrios, los honores de la posteridad. La existencia del proclamo cubano deslizóse entre alternativas que le ofrecieron honores y glorias y también sinsabores y amarguras que sacudieron su espíritu, templado para las mayores resistencias morales.

Consagró su vida toda a servir la causa de la emancipación cubana. Su historia de gobernante y de ciudadano, le acreditan como un sincero y ferviente devoto de la democracia.

Tuvo grandes amigos, porque supo serlo; y admiradores porque su gran inteligencia y corazón le inclinaron siempre a la piedad y a la justicia.

¡Pobre General, que ha muerto como un proscrito, lejos de su patria y de su hogar!

Ya no se exhibirá reclamado por las multitudes, frenéticas y electrizadas, que lo consagraran como a su ídolo. Ya no le veremos con su gesto sonriente inspirar fe y consuelo a un pueblo ávido de libertad. ¡Ya el glorioso caudillo no disfruta la vida en este mundo!

Hoy es el despojo llorado por su familia y por su pueblo. Aquel hombre recio y fuerte, háse convertido en un pedazo de materia inerte que no molesta, ni estorba, ni ofrece peligros ni recelos.

Su organismo rindióse al fin a la naturaleza que lo reclamara; pero su historia, sus antecedentes y su patriotismo servirán de antorcha que ilumina la conciencia cubana.

El fué una encarnación de la libertad y nació para proclamarla y luchó con denuesto en su honor. Y por consecuencia de sus grandes ideas, sufrió vejámenes

(Sigue en la Pág. DOCE).

TRIMONIO
DOCUMENTAL
CUBANA TELEVISION
DE LA HABANA

Declaraciones Del Gral. Emilio Núñez

LA palabra de nuestros grandes hombres—emocionada, sincera — sigue poniendo comentarios en torno de la muerte del General Gómez.

HERALDO DE CUBA se ha acercado a los políticos, a los revolucionarios, a los que en la Revolución estuvieron junto al héroe de Arroyo Blanco, a los que en las tareas de paz, vieron los milagros de su voluntad, de su inteligencia y de su corazón.

Numerosos representantes a la Cámara, muchos adversarios del General Gómez, han hecho justicia a sus dotes de gobernante, y a lo que fué como el símbolo vivo y ardiente de su obra de gobierno: su altísimo respeto y devoción a la majestad de la ley. Han hablado también otros grandes cubanos: Manuel Sanguily, el cincelador exquisito de "Hojas Literarias", sintiendo en su alma pena hondísima, dijo ayer en estas columnas palabras magníficas de suprema belleza y de emoción...

Carlos Mendieta, encarnación del más puro patriotismo, espíritu espléndido de energía y de fe, dice hoy todo su dolor y toda su devoción ante el caudillo vencido por la muerte.

He aquí otras declaraciones importantes. Son del general Emilio Núñez. Sobrias, sencillas, sinceras, parecen una anticipación del certero juicio de la historia.

"Aún en el período en que era un adversario político del General Gómez, sentía agran admiración por él como gobernante y como político. Ningún cubano durante su gobierno ha respondido a los latidos de la opinión, ni ha sentido tanto respeto por las opiniones de la mayoría de su pueblo.

"Dos hechos culminantes de su vida pública serían bastantes a inmortalizarle: No haber aceptado la reelección y su repudiación de la intervención extranjera para combatir el movimiento racista".

"Tienen tal importancia en su vida, que al través de la historia, cuando hayan pasado muchas generaciones, aun los corazones del pueblo latirán con entusiasmo al evocar su recuerdo".

"Juzgar en detalle a un hombre público es desconocer la condición humana. Ningún hombre por grande que sea, resiste a la crítica apasionada y mezquina, pero la mejor apología que puede hacerse de los grandes méritos del General Gómez, la está haciendo en estos momentos, todo el pueblo de Cuba desde Maisí a San Antonio. Hoy, donde quiera que hay un hogar cubano, se derraman lágrimas y se elevan plegarias por la caída en la muerte de este gran hombre, de esta gran figura, que es en muchos de sus aspectos, la Historia de Cuba en acción."

Declaraciones Del Cdte. Luis Solano

29

TREMULAS, dolorosas, brotan las palabras de Luis Solano. Habla de su sentimiento con toda la efusiva sinceridad de su corazón. El recuerdo del amigo, del jefe, del patriota insigne obsede su espíritu, tan acorde con el del general, y le hace sentir y pensar. Porque ve lo que pierde Cuba, nota lo que desaparece para el liberalismo, advierte lo que se ausenta para siempre de nuestra República con la muerte del que, durante una época, lo fué todo. Para Solano, además, la muerte del general supone la de un período de su vida y la desaparición de un asesor y de un consejero. Ahora, acuciada por el dolor, su tristeza se lo hace ver. La Patria, herida por el mismo sentimiento, lo comprueba, del mismo modo. Mañana... ¡Dios quiera que mañana no haya que pensar con mayor duelo aun, que el Destino priva a los pueblos de sus hombre más útiles y necesarios!...

Luis Solano, afectado aun, deja oír su voz con estas razones:

—Grande y penoso es el esfuerzo que tengo que hacer para levantar mi ánimo, notablemente deprimido, en el empeño de decir algo en estos momentos de tribulación, sobre mi querido General José Miguel Gómez, que la implacable destructora de existencias nos acaba de arrebatarnos; pero no puedo prescindir de hacerlo porque es un deber y una necesidad en mí, rendir a sus bondades, a sus méritos militares y patrióticos, un tributo de cariño y de justicia.

Quien estuvo constantemente a su lado, durante tres años en la Guerra de Independencia, como Ayudante y después en la paz, con igual cargo al subir a la Presidencia de la República, habiendo sido tratado, no como subordinado, sino paternalmente, no puede menos que sentirse intensamente conternado al verlo desaparecer lleno de vigor, en estos momentos de gran ansiedad nacional.

La vida de compenetración que hice con el General Gómez, me daba el derecho de quererlo y ayudarlo y con la misma susceptibilidad que apercibía la coincidencia de nuestros pensamientos, del mismo modo palpaba el más insignificante desacuerdo. Y aunque estas últimas impresiones sacudían fuertemente mi espíritu, por el interés que siempre tenía de mantenerme acorde con el General, sin embargo de causarme contrariedad, en nada modificaba mis sentimientos de afecto hacia él, demasiado profundo para las cosas superficiales.

A su lado se desarrolló mi juventud, a su lado se formó mi corazón de patriota, y a su lado recibí los mejores ejemplos, las mejores lecciones cual cabía a un hombre de su talla, a un militar experto, bravo y generoso.

No necesito hacer resaltar sus méritos de militar afamado, porque son suficientemente conocidos sus resonantes hechos de armas, bastándome indicar que a la muerte del glorioso General Antonio Maceo, se le consideró digno sucesor en Occidente, puesto que no llegó a ocupar, porque el Generalísimo no pudo prescindir de sus servicios en sus operaciones por la provincia de Santa Clara.

El General José Miguel Gómez tenía tal percepción militar, que con la misma facilidad que planteaba un combate, al encontrarse de improviso con el enemigo, del mismo modo concebía los planes de éste, y cuantas veces adelantó juicio sobre los resultados de las operaciones militares, siempre fueron confirmados.

Yo puedo citar como ejemplo entre varios de sus prestigios militares: el combate de Juan Criollo. Este combate fué dispuesto y dirigido por el General Máximo Gómez, en el cual tomaron parte como seis mil hombres entre ambos combatientes. En lo más recio de la lucha los Jefes que estaban cerca del Generalísimo, temerosos del peligro que pudiera correr, le rogaron que se retirara con su escolta, pero no lograron conseguirlo porque no tenía ningún jefe que sustituyera su pericia.

El General José M. Gómez, que aún no estaba restablecido de la herida recibida en el combate de Santa Teresa, al percibir el fuego, acudió al combate y se presentó al Generalísimo. Dándose cuenta del peligro que amenazaba a éste, le suplicó se retirara, que ese no era su puesto, que él se quedaría al frente de la acción. El Generalísimo accedió en seguida a los deseos del General, diciéndole: ahora sí me retiro yo, General; dándole una prueba de la confianza que tenía de su capacidad militar.

Su bravura no era incompatible con su generosidad. Recuerdo que cuantas guarniciones españolas se le rindieron incondicionalmente, después les concedió los honores militares debidos al heroísmo con que combatieron, devolviéndoles las espadas a los oficiales, concediéndoles escoltar armadas, curando a sus heridos, alojando y racionando a los prisioneros, todo con preferencia a los nuestros; cosas éstas que generalmente se hacen cuando se estipulan y que la nobleza del General Gómez permitió siempre espontáneamente.

Sería interminable hablando del General, quien tantos motivos tiene como yo, quien tantos rasgos ha podido apreciar de su vida militar y política; pero la intensidad de mi dolor en el momento actual sólo ofrece lágrimas que verter sobre la tumba del amado e inolvidable Jefe desaparecido.

Declaraciones Del Coronel Carlos Mendieta

(Viene de la Pág. PRIMERA).

y torturas y tropezó con el valladar de una tiranía inconcebible que destruyó su obra y propósitos acariciados por noble idealidad.

El no puede ser testigo de la tristeza infinita que ha inspirado su muerte ni de los adeptos que deja su gran labor cubana; pero nosotros los que aún te sobrevivimos, cuando tengamos dudas acerca de nuestro patriotismo y cuando éste valga, volveremos nuestros ojos hacia el cielo, para recordar sus sanos principios, y su espíritu tolerante en su gran obra de amor y de cordialidad cubana.

En mi reciente entrevista que sostuviera con él en Key West, lo recuerdo con sus ojos llorosos, hablándome persuasivamente de que era necesario sacrificarlo todo para reedificar la patria sobre las hermosas y sólidas bases de la fraternidad.

No tuvo una sola frase, no tuvo un solo reproche, que acusara irritabilidad. Su corazón ancho y generoso, nunca manifestó odios, ni venganzas, ni deseos mezquinos de represalias.

Era hombre que sabía sacrificar todos los intereses personales al bien general. Y afirmo que al contemplarlo así, tan bueno, y evangélico, tan víctima y tan caído, y sin ser romántico, no pude reprimir la honda emoción que me inspirara, la actitud de aquel hombre superior, que pareció iluminado como un Apóstol y tan generoso y magnánimo como Jesús, decretando el perdón a sus enemigos.

Muy pronto sus restos habrán de reposar en tierra cubana y por última vez el sol de un nuevo día, habrá de iluminar la faz dormida del grande hombre, depositando en su frente la corona de sus más fúlgidos destellos.

Cuando la tierra húmeda, suave y piadosa le acoja en su seno, entre las congojas de su virtuosa familia y el sincero dolor de un pueblo, cuando las campanas en lúgubre tañido anuncien su eterna ausencia, podremos exclamar todos los cubanos: Fuiste, ¡oh General Gómez, como Washington! ¡Grande en la guerra, grande en la paz y el primero en el corazón de todos tus conciudadanos!...

CARLOS MENDIETA.